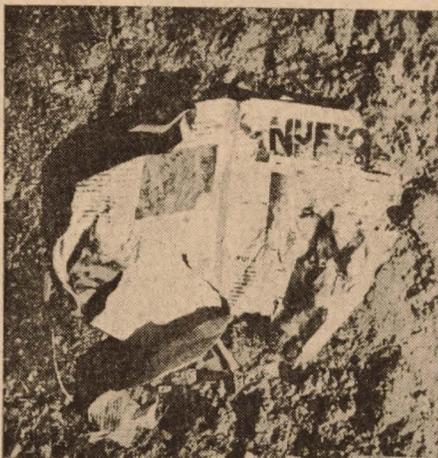


Las tres fuerzas de las que hemos hablado se tenían miedo entre sí. Por lo tanto, en el fondo no estaban nunca en paz. Los obispos azuzaban al rey contra los nobles. Sabiendo que se llevaban mal, ellos estaban más tranquilos. Los nobles azuzaban al rey contra la Iglesia. El rey procuraba que los aristócratas y los obispos se llevaran mal por la misma razón. Así las cosas, llegó un día la invasión de los árabes, y como por aquel entonces el rey y los principales nobles estaban peleados—gracias a las intrigas de los obispos—, los moros invadieron la Península y mataron al rey y a casi todos los nobles y eclesiásticos. El pueblo, que estaba asqueado de todo aquello, miró a ver qué clase de sujetos eran los árabes, y los encontró bastante parecidos a los viejos españoles, inteligentes y laboriosos. Vió que respetaban las leyes populares, que trabajaban muy bien en el campo, que lo distribuían para que todos tuvieran lo suyo, que construían redes de riego, hermosos puentes y palacios, y se decidieron a vivir en paz con ellos, como habían vivido con los romanos. Pero si los primeros árabes se comportaron humanitariamente, sus hijos y nietos se encontraron en una situación ya formada, en la que ellos no habían puesto ningún esfuerzo. De generación en generación, el dominio se fué convirtiendo en despotismo. Sin embargo, todo el Medio-Era de España se transformó rápidamente. Por primera vez tuvimos grandes ciudades y nuestras ciencias y artes nos dieron fama en el mundo entero. Los árabes cultivaban y enseñaban a los naturales las matemáticas, la filosofía y las artes. Las industrias artísticas, repujados de cuero, forjas, etc., se desarrollaron mucho. Algunas de esas industrias y no pocos tratados de filosofía y obras poéticas han llegado hasta nosotros. Pero el pueblo español, que seguía siendo la fuente de toda la energía en toda la Península, no toleraba el despotismo.

La situación económica se agravaba por la creciente concentración de tierras y por los gravámenes, y gracias a esta circunstancia el foco de resistencia que los nobles visigodos mantenían en Asturias y León creció. Los caudillos primeros de la Reconquista acertaron a darse cuenta y a ponerse delante de las multitudes descontentas y éstas dieron, a lo largo de varios siglos, un combate final y echaron a la aristocracia árabe de nuestro suelo. Una gran parte de las masas árabes invasoras quedaron incorporadas a nuestro pueblo, asimilando idioma y costumbres. Eran trabajadores como los de aquí, y se habían entendido en seguida.



Alarguemos la vida de nuestro Boletín

El espectáculo que recoge esta fotografía es muy frecuente en nuestra División. Los soldados, después de bien o mal leído el Boletín, lo arrojan sobre la tierra. Los que agotan su lectura y lo tiran proceden mal, porque destrozan un medio de educación que es útil para todos. El Boletín de tu Unidad no debes destruirlo después de leído, sino conservarlo y enviarlo en la primera ocasión que tengas a tus familiares o amigos, y, mucho mejor aún, hacerlo llegar a tus camaradas que en la retaguardia trabajan en las fábricas y talleres; en manos de éstos sabrán con su lectura cómo se piensa en las trincheras, conocerán los duros problemas de la guerra y se harán más fuertes las relaciones de la vanguardia y la retaguardia.

Un Boletín escrito por soldados, lleno de ideas y de sentimientos de héroes, pesa mucho en la conciencia de sus lectores de retaguardia, sirve de estímulo para que éstos produzcan más, sirve de ejemplo de la unidad que todos buscamos.

Que ningún soldado destruya su Boletín después de leído. Enviadlos a vuestros camaradas de la retaguardia, y serán muchas voces pidiéndoos un esfuerzo, cada día mayor, por la producción y por la unidad.



Las Cortes de la República Española han celebrado sus sesiones en estos días pasados. Los diputados del pueblo se han reunido para examinar la política seguida por el Gobierno, tanto en la esfera internacional como en la interior. La obra que por encima de todas las dificultades ha llevado a cabo el Gobierno del Frente Popular ha sido no sólo aprobada por unanimidad por las Cortes, que representan la voluntad auténtica del pueblo español en lucha contra el fascismo, sino aclamada.

A diferencia de las sesiones parlamentarias de otros tiempos ha caracterizado a éstas la ausencia de todo vano parloteo, la concisión y justeza con que han sido estudiados los distintos problemas del momento actual. Diríase que estas Cortes estaban ganadas por el ritmo de la guerra, que no admite perder tiempo ni cosas superfluas.

Los problemas militares, cuantos la guerra plantea, han sido estudiados por nuestros representantes en el Parlamento con la atención que merecen. La voz de nuestro pueblo, hoy todo él combatiente frente al intento más fuerte del fascismo para aplastar las libertades de país alguno, la voz de las trincheras, ha vibrado con toda su intensidad en las Cortes republicanas.